

---

## Irène Némirovsky: Textos de *El vino de la soledad*

---

(Irène Némirovsky, *El vino de la soledad*, Barcelona, Salamandra, 2011, trad. José Antonio Soriano Marco.)

*El vino de la soledad* está considerada la novela más **autobiográfica** de la autora. **Elena Karol** se convierte en el “alter ego” de **Irène Némirovsky**, quien también tuvo en la vida real muchos problemas de relación con su madre, **Fanny Némirovsky**. Es fácil establecer un **paralelismo** entre **León Némirovsky**, padre de **Irène**, y **Boris Karol**, progenitor de **Elena**. El padre de **Irène** también era **judío**, como **Boris**, y debido a su “**sangre mezclada**”, la escritora fue deportada a **Auschwitz** y asesinada en el **campo de concentración**, junto con su marido, también judío, **Michel Epstein**.

El **título** de la novela hace alusión a esa **soledad**, a la vez embriagadora y destructora, como un buen caldo del país, que hace a **Elena** vengarse de su madre, **Bella Karol**, y romper con su familia cuando llega a su mayoría de edad, para empezar una nueva vida en su adorada **Francia**.

El **espacio** es, más o menos, el mismo que vivió en la vida real la escritora: su **Ucrania** natal, la salida de su país por **Finlandia**, la llegada a **París**...

El **tiempo histórico** también coincide con el de la escritora: los años previos a la Revolución de Octubre (1917), cuando Elena tiene ocho años; los años siguientes, cuando la niña ya cumple los doce; y los posteriores, hasta que llega a la mayoría de edad (18 años). Es decir, transcurre aproximadamente entre 1912 y 1923.

### PRIMERA PARTE

En la **primera parte**, el narrador nos presenta a los personajes principales:

- La **abuela Safronov**, de unos cincuenta años bien pasados, muy envejecida y atada a las ideas anticuadas, capaz de odiar a la institutriz de **Elena**, **Mlle. Rose**, porque “esa extranjera” infundía peligrosos aires renovadores a su nieta.
- El **abuelo Gueorgui Safronov**, un aristócrata arruinado por la crápula, de porte altivo e ideas elitistas, que desprecia a “ese judío” que se ha casado con su preciosa hija, **Bella Karol**, a pesar de que es el **judío** quien mantiene a toda la familia.
- **Bella** es la madre de **Elena** y esposa de **Boris Karol**, una mujer alta, atractiva, blanca de piel, rubia, marmórea, treintañera, con imán para los hombres y deseos solo de vivir una vida frívola, entre el lujo, el champán y los amantes. Se ha casado con **Boris** solo por **interés**, debido a la quiebra financiera de su familia a causa de la mala cabeza de su padre. Desprecia a su **marido** y, sin embargo, quiere a su **padre**, a pesar de la ruina económica a que ha llevado a los **Safronov**, está orgullosa de su planta distinguida, totalmente distinta a la de su marido. Tampoco quiere a **Elena**, porque le recuerda al odiado judío con el que se ha casado y porque es una señal inequívoca del paso del tiempo, que marchitará inexorable su belleza y su poder. Su papel es más el de **madrstra** que el de **madre**.



- **Boris Karol**, padre de **Elena**, es un **judío** inteligente y trabajador, un hombre que se ha hecho a sí mismo; pero también es mezquino, materialista, obsesionado con el dinero que, después, despilfarra estúpidamente en el **casino**. No es un hombre elegante ni de modales refinados, como el **viejo Safronov**, es más bien moreno, casi cetrino. Ha llevado a muchos hombres a la ruina, enriqueciéndose él sin ningún remordimiento.
- **Elena Karol**, la protagonista, es una niña de **ocho años** cuando comienza la historia. Tiene un aire triste y soñador, se siente muy abandonada por sus padres. Quiere más a su **padre** —al que se parece físicamente, pues es **morena** y de **pelo negro**—, pues de su **madre** no recibe más que riñas y gritos. Su único apoyo es su **institutriz, Mlle. Rose**, con la que aprende a amar **Francia**, a leer el **Memorial de Santa Elena**, de **Napoleón Bonaparte**, “que sabía casi de memoria”; a cantar “**La Marsellesa**”...

En la **primera parte**, los **Karol** aún viven en **Kiev, Ucrania**, una oscura ciudad de provincias, agitada ya por vientos **pre-revolucionarios**, en vísperas de la cruenta **Revolución de Octubre**.

## El comienzo de la novela (Cap. 1)

El comienzo de la novela sitúa la acción en un lugar con sabor exótico, **Kiev**, vinculado al polvo, la incivildad, el atraso... **Némirovsky** quería presentarse ante el **público francés** con esa pátina de escritora oriental. No hay que olvidar que ese público el que va a comprar su novela; por tanto, asociará siempre **Francia** con ideas positivas: libertad, democracia, acogida...

### Capítulo I

“En la región del mundo donde había nacido Elena Karol, el atardecer se anunciaba con una espesa polvareda que giraba lentamente en el aire y luego volvía a posarse en la tierra con el relente nocturno. Una turbia luz rojiza vagaba por la franja inferior celeste. El viento llevaba a la ciudad los aromas de las llanuras ucranianas, un tenue y acre olor a humo y la frescura del agua y los juncos que crecían en las márgenes del Dniéper. El viento procedía de Asia. Pasaba entre los montes Urales y el mar Caspio y levantaba olas de un polvo amarillento que crujía entre los dientes. Áspero y cortante, llenaba el aire de un sordo fragor que se alejaba hacia el oeste. Luego todo volvía a la calma. Apagado y sin fuerzas, el sol poniente se hundía en el río, velado por una nube lívida.

Desde el balcón de los Karol se veía toda la ciudad, desde el Dniéper hasta las lejanas colinas. Las pequeñas y vacilantes llamas de las farolas de gas bosquejaban su forma, mientras en la orilla opuesta brillaban las primeras fogatas de primavera, encendidas sobre la hierba.

El balcón estaba rodeado de tiestos repletos de flores elegidas porque se abrían de noche, flores de tabaco, reseda, nardos... Era tan grande que en él cabía la mesa del comedor, las sillas, un confidente de dril y el sillón del viejo Safronov, el abuelo de Elena.

Sentada alrededor de la mesa, la familia cenaba en silencio. La llama del quinqué abrasaba las pequeñas mariposas nocturnas de alas ocre. Inclinandose hacia delante, Elena veía las acacias del patio iluminadas por la luna. El patio estaba desatendido y sucio, pero lleno de árboles y flores, como un jardín. En las noches de verano, los criados se quedaban allí, hablando y riendo. A veces una enagua blanca se agitaba en la oscuridad y, entre los sonos del acordeón, se oía una exclamación ahogada:

— ¡Déjame, demonios!

La señora Karol levantaba la cabeza.

— Ahí abajo no se aburren, no... — rezongaba.

Elena se adormilaba en la silla. En esa época del año cenaban tarde. Notaba que aún le temblaban las piernas, tensas tras los correteos por el jardín. El pecho se le alzaba en un jadeo al recordar los agudos gritos que exhalaba involuntariamente mientras corría detrás del aro, como un pájaro que deja escapar sus trinos. Su pequeña mano tocaba con placer la pelota negra, su preferida, que escondida en su bolsillo bajo las enaguas de tarlatana le rozaba la pierna. Tenía ocho años. Llevaba un vestido con bordados ingleses sujeto por encima del talle con un ceñidor de moaré blanco y un nudo de mariposa fijado con dos alfileres.



Habían salido los murciélagos y, cada vez que uno pasaba volando muy bajo y silenciosamente sobre sus cabezas, mademoiselle Rose, la institutriz francesa de Elena, soltaba un grito y reía.

La niña entreabría los ojos con esfuerzo y miraba a su familia, sentada alrededor. Veía el rostro de su padre rodeado por una especie de bruma amarilla que temblaba como un halo: la luz del quinqué parecía vacilar en sus cansados ojos. Pero no, era verdad, el quinqué estaba humeando, y la abuela gritaba a la criada:

—¡Macha! ¡Baja la llama!

Mientras comía, la madre de Elena suspiraba, bostezaba y hojeaba las revistas de modas llegadas de París. Su padre no hablaba y tamborileaba suavemente en la mesa con sus dedos largos y delgados.

Elena no sólo se parecía a él, era su viva imagen. Había heredado el ardor de su mirada, su boca grande, aquel pelo rizado y la tez morena, biliosa, que se tornaba amarillenta si estaba triste o enferma. Observaba a su padre con ternura. Pero él no tenía ojos ni caricias más que para su mujer, que rechazaba su mano con expresión malhumorada y caprichosa.

—Déjame, Boris... Hace calor, déjame...

Y se acercaba al quinqué, mientras los demás quedaban en penumbra. Luego suspiraba con cara de hastío y cansancio, al tiempo que se ensortijaba bucles de pelo en los dedos. Era alta y bien proporcionada, con un «porte de reina» y una tendencia a engordar que contrarrestaba con los corsés en forma de coraza que usaban las mujeres en esa época, los pechos sostenidos por dos copas de satén, como frutas en un cestillo. Tenía unos hermosos brazos blancos y empolvados. Cuando la niña veía de cerca aquella carne nívea, aquellas blancas y ociosas manos con las uñas cortadas en forma de zarpas, experimentaba una sensación extraña, próxima a la repugnancia. Por último, el abuelo de Elena completaba el círculo familiar.

La luna derramaba su serena claridad sobre la copa de los tilos. Al otro lado de las colinas cantaban los ruiseñores. El Dniéper deslizaba una deslumbrante blancura. El resplandor lunar hacía brillar la nuca de la señora Karol, que tenía la blanca, dura e impenetrable consistencia del mármol, los plateados cabellos de Boris Karol y la corta y afilada barba del anciano Safronov, e iluminaba débilmente el pequeño, anguloso y arrugado rostro de la abuela, tan vieja, tan cansada, a pesar de sus cincuenta años escasos... El silencio de aquella aletargada ciudad de provincias perdida en lo profundo de Rusia era pesado, hondo, de una tristeza aplastante, sólo roto ocasionalmente por algún coche que botaba por los resonantes adoquines del paseo: un horrendo estrépito de latigazos, golpes de ruedas y maldiciones, luego el trueno se alejaba... Nada. El silencio. Un roce de alas en los árboles. Una canción lejana en un camino campestre, interrumpida de golpe por una pelea, gritos, pisadas de botas de guardia, por alaridos de mujer borracha a la que arrastran a comisaría... De nuevo el silencio. Elena se pellizcaba suavemente los brazos para no dormirse. Le ardía la cara. Los negros rizos le daban calor en el cuello, así que se pasaba la mano por debajo y los alzaba. Le daba rabia que el pelo largo fuera lo único que permitía a los chicos ganarle en las carreras, cuando se lo cogían al vuelo. Sonriendo con orgullo, recordó que se había mantenido en equilibrio en el resbaladizo borde del estanque. Un delicioso y torturador cansancio le atenazaba las extremidades. A escondidas, se acariciaba las doloridas rodillas, siempre llenas de morados arañazos. En el interior de su cuerpo, la sangre caliente latía sordamente. Sus impacientes puntapiés martilleaban las patas de la mesa y, a veces, las piernas de su abuela, que ; callaba para que no la riñeran.

—Las manos sobre la mesa —le ordenaba la señora Karol con tono desabrido.

Luego volvía a coger la revista de modas y, suspirando con languidez, daba forma a las palabras entre sus labios y murmuraba: «Vestido de cóctel de surá amarillo limón, con dieciocho nudos de terciopelo naranja cerrando el cuerpo...» Sujetaba un mechoncito de negro y lustroso pelo ensortijado con el que se acariciaba las mejillas soñadoramente. Se aburría: no le gustaba reunirse para jugar a las cartas y fumar, como a las mujeres de la ciudad cuando alcanzaban la treintena. El cuidado de la casa y de su hija la horrorizaba, sólo era feliz en el hotel, en una habitación sin más muebles que una cama y una maleta, en París...

«¡Ah, París!» , soñó despierta cerrando los ojos. Comer en la barra del *Rendez-vous des Chauffers et des Cochers*, pasar noches enteras en un tren si hacía falta, en los duros asientos de tercera, pero ¡estar sola, ser libre! Allí, en cada ventana, unos ojos de mujer clavaban la mirada en ella, sus vestidos parisinos, sus mejillas maquilladas, el hombre que la acompañaba... Allí, todas las mujeres casadas tenían un amante, al que sus hijos llamaban «tío» y con quien su marido jugaba a las cartas. «Pero entonces, ¿para qué tener un amante?», se decía, y volvía a ver a aquellos desconocidos que la seguían por las calles de París. Eso al menos era apasionante, peligroso, excitante... Estrechar en sus brazos a un hombre del que no sabía ni el nombre ni la procedencia, que nunca volvería a verla: era lo único que le provocaba aquel intenso estremecimiento al que aspiraba. «¡Ay! —se lamentaba—. Yo no he nacido para ser una burguesa tranquila y satisfecha, entre un marido y una hija.»



Entretanto, la cena había acabado. Boris apartó el plato y colocó en la mesa la ruleta que había comprado el año anterior en Niza. Todos se le acercaron. Lanzaba la bolita de marfil con un deje de rabia, pero a veces, cuando el acordeón resonaba más fuerte en el patio, alzaba en el aire un largo dedo y, sin dejar de jugar, tarareaba la melodía con extraordinaria precisión, y luego seguía silbándola quedamente.

—¿Te acuerdas de Niza, Elena? —preguntó la señora Karol. La niña se acordaba—. ¿Y de París? No te habrás olvidado de París, ¿verdad?

A Elena la embargaba la emoción al recordar París, las Tullerías... (Los árboles de hierro bruñido bajo el suave cielo invernal, el delicado olor de la lluvia y aquella luna amarilla que, en el brumoso y pesado crepúsculo, se alzaba poco a poco sobre la columna Vendôme...)

Karol se había olvidado de quienes lo rodeaban. Tamborileaba nervioso con los dedos en la mesa y observaba la bolita de marfil, que giraba y saltaba locamente.

—El negro, el rojo, el dos, el ocho... ¡Ay! Habría ganado... Cuarenta y cuatro veces la apuesta. Con un solo luis de oro.

Pero la ruleta iba casi demasiado rápida. No daba tiempo a saborear la incertidumbre y el peligro, a desesperarse por la derrota o exaltarse por la victoria” (Cap. 1, pp. 9-14).

## Discusiones (Cap. 2)

Mientras **Boris** y **Bella** discuten y gritan, **Elena** encuentra refugio en la única persona que parece quererla, **Mlle. Rose**. Con ella aprende a amar a **Francia**, **Napoleón**, “**La Marsellesa**”... Es evidente que **Némirovsky** quería agradar al **público francés** e integrarse en su **país de acogida**, mediante un proceso de **aculturación** (la pérdida de su **identidad judía**). La escritora identificará su nueva patria con una suerte de **paraíso** protector, de **edén** de la **libertad** y la **democracia**. La crudeza de la realidad vivida posteriormente (exterminio en **Auschwitz**) desmentirá todas las esperanzas que había puesto en **Francia**.

—Bella, me he quedado sin trabajo.

—¿Qué? —chilló su mujer.

El se encogió de hombros y se limitó a responder:

—Lo que has oído.

—¿Te han despedido?

Karol apretó los labios con altivez.

—Exactamente —contestó al fin.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué? ¿Qué has hecho?

—Nada —respondió él con voz ronca y hastiada.

Elena oyó el débil suspiro de irritación que su padre soltó entre dientes y experimentó un extraño sentimiento de piedad.

El hombre se sentó en una silla, la que tenía más cerca, y se quedó inmóvil, con la espalda encorvada y los brazos caídos, mirando al suelo y silbando de forma maquinal.

—Pero ¡estás loco! —chilló su mujer, sobresaltándolo—. ¡Nada! Pero ¿qué dices? ¿Qué...? ¡Si estamos sin blanca!

Bella retorció los brazos con una brusca y ágil contorsión que recordó a su hija los movimientos de las serpientes erizadas en la cabeza de Medusa, que estaba copiando para su profesor de dibujo. De la fina boca convulsa brotó un chorro de palabras, sollozos e imprecaciones:

—¿Qué has hecho? ¡Boris! ¡No tienes derecho a ocultármelo! ¡Tienes una familia, una hija! ¡No pueden haberte despedido porque sí! ¿Has especulado? ¡Lo sabía! Pero ¡confiesa! ¡Confiesa! ¿No? Entonces, ¿perdiste el dinero jugando a las cartas? Pero ¡di, confiesa, habla al menos, di algo! ¡Ay, vas a matarme!

La niña se había deslizado por la puerta entreabierta. Volvió a su habitación y se sentó en el suelo. Había oído tantas peleas en su corta vida que no estaba muy angustiada. Chillarían, pero luego todo acabaría. Sin embargo, notaba el corazón encogido y pesado.

—El director me mandó llamar —oyó decir a su padre— y, ya que quieres saberlo, Bella, me habló de ti. ¡Un momento! Me dijo que gastabas demasiado. ¡Espera, luego hablarás tú! Mencionó tus vestidos, tus viajes al extranjero, que, según él, no puedo pagarte con mi sueldo. Me dijo que la caja al alcance de mi mano era una tentación a la que no quería someterme. Le pregunté si había faltado un copec. «No, pero ocurrirá inevitablemente si su tren de vida no cambia», respondió. Recuerda, Bella, que te lo había



advertido. Cada vez que comprabas un vestido, unas pieles nuevas, cada vez que ibas a París, te decía: «Ten cuidado, vivimos en una ciudad pequeña. La gente murmurará. Me acusarán de robar.» El director de la fábrica vive en Moscú. Es lógico que necesite confiar en mí, pero no puede tener esa confianza. Yo en su lugar habría hecho lo mismo. No sé negarte nada. Las lágrimas de las mujeres, vuestras llantinas, son más fuertes que yo. Prefiero dejarte hacer lo que quieras, a riesgo de que me tomen por un cobarde, un ladrón, un marido complaciente, aunque, en fin, cualquier otro sospecharía... Pero ¡cállate! ¡Cállate, te digo! —gritó Karol de pronto, y su voz, ruda y salvaje, se impuso a la de Bella—. ¡Cállate! ¡Sé lo que vas a decirme! ¡Sí, confío en ti! ¡No me digas nada! ¡No quiero saber nada! ¡Eres mi mujer! Mi mujer, mi hija, mi casa... ¡Después de todo, no tengo otra cosa! He de conservaros —añadió en voz baja.

—Pero, Boris, ¿qué estás diciendo? ¿Te das cuenta de lo que has dicho? Boris, cariño...

—Cállate.

—Mi vida es transparente...

—¡Calla!

—¡Ay, ya no me quieres! Hace unos años, jamás me habrías hablado así. ¡Acuérdate! ¡Era una Safronov, podría haberme casado con quien quisiera! Pero apareciste tú. ¡Acuérdate del escándalo de nuestra boda! Cuántas veces me dijeron: «¿Usted, casada con ese mísero judío salido de la nada, que sabe Dios por dónde ha andado y cuya familia ni siquiera se conoce? ¿Usted?» Pero yo te quería, Boris.

—No tenías nada, y todos tus guapos amigos querían una dote —replicó él con amargura—. Y soy yo quien alimenta y da techo a tu padre y a tu madre, ¡yo, el mísero judío salido de la nada, yo quien paga el pan de los Safronov, malditos sean! ¡Yo, yo!

—Pero ¡yo te quería, Boris, te quería! ¡Te quiero! Te soy fiel, te...

—¡Basta! ¡No quiero oír hablar de eso! ¡No se trata de eso! ¡Eres mi mujer y tengo que creer en mi mujer! ¡Si no, ya no habría nada limpio, nada de nada! ¡Nada! —repitió Karol con desesperación—. No hablemos más de ello, ¡ni una palabra más, Bella!

—¡Son esas mujeres celosas, esas viejas envidiosas que nos rodean, que no pueden perdonarme mi felicidad, porque saben que soy feliz! ¡No pueden aguantar que tenga un marido como tú, que sea joven, que sea atractiva! ¡Ellas tienen la culpa de todo!

—Puede ser —convino Karol con un hilo de voz.

Bella advirtió el tono débil y, al instante, se sumió en un mar de lágrimas.

—Jamás, jamás habría creído que pudieras decirme palabras tan duras, tan hirientes... ¡Nunca te perdonaré! Hago todo lo posible para agradarte... ¡Sólo te tengo a ti en el mundo, como tú sólo me tienes a mí!

—¿De qué sirve hablar de eso ahora? —respondió Karol con una voz cansada, teñida de pudor y sufrimiento—. Sabes que te quiero.

Pese a que la puerta estaba cerrada, todas las palabras llegaban a oídos de Elena, que parecía absorta en construir con libros viejos una fortaleza para sus soldaditos de madera. La abuela cruzó la habitación con sigilo, suspirando y con las lágrimas resbalándole por el viejo rostro. Pero eso a la niña no le importaba: su abuela lloraba a todas horas; siempre tenía los ojos enrojecidos y los labios temblorosos. Elena deslizó una mirada maliciosa hacia mademoiselle Rose, que cosía en silencio.

—Están gritando... ¿Los oye? ¿Qué ocurre?

La institutriz no respondió de inmediato. Apretando los labios, apoyó con fuerza la uña en el dobladillo que descansaba sobre sus rodillas.

—No hay que escuchar, Lena —dijo al fin.

—No estoy escuchando. Es que no puedo evitar oírlo.

—¡Esas mujeres odiosas! —gritaba Bella entre sollozos—. ¡Esas viejas gordas y feas, que no me perdonan mis vestidos y mis sombreros de París! Pero todas tienen amantes, tú lo sabes, Boris. Y todos esos hombres que van detrás de mí y a quienes rechazo...

—No te arrastres por el suelo —la reconvinó mademoiselle Rose.

Cuando sus padres callaban, porque la discusión estaba salpicada de momentos de repentina calma durante los cuales parecían recuperar fuerzas para seguir destrozándose, Elena oía cantar a las criadas que planchaban al fondo de la cocina y tenía la sensación de percibir con más claridad que nunca el extraño y luminoso silencio vespertino. Pero lo que más le interesaba era su fortaleza. Manejaba a sus soldados con amor; mordisqueados por los perros, sus rojas guerreras teñían las manos y la ropa de la niña. Para ella eran los granaderos de la guardia imperial, los *grogards* de Napoleón. Agachaba la cabeza hasta notar que sus rizos barrían el suelo y el olor del viejo entarimado impregnaba sus fosas nasales. Los grandes libros abiertos boca abajo formaban un oscuro y amenazador reducto, un desfiladero de montaña entre rocas desprendidas, donde el ejército estaba apostado. Puso dos centinelas en la entrada. Luego volcó unos sobre



otros los volúmenes que quedaban y recitó para sí fragmentos del *Memorial de Santa Elena*, su libro favorito, que se sabía casi de memoria. Mademoiselle Rose se había sentado junto a la ventana para aprovechar el último sol. Qué tranquilo, qué dormido parecía el mundo con el apacible zureo de las torcaces en el tejado, mientras las lágrimas, los hipidos, los sollozos y las imprecaciones de su madre llegaban desde la habitación contigua...” (Cap. 2, pp. 19-24)

## El amante de mamá (Cap. 7)

Aunque **Elena** es apenas una niña, es tan inteligente e intuitiva que enseguida ata cabos y se da cuenta de la verdadera realidad de la familia en la que le ha tocado vivir

“A esas horas, su hogar se hallaba vacío... Su madre estaría Dios sabe dónde. El abuelo, tomándose un helado en la terraza del café Françoise y acordándose de Tortoni entre suspiros. El aromático helado se derretía con el calor, en el verde atardecer. Leía los periódicos franceses, que restallaban alegremente en sus astas al suave viento. Aunque su nieta no lo sabía, el viejo Safronov pensaba en ella con afecto y ternura. No quería a nadie más en el mundo... Bella era una egoísta, una mala madre...

«En cuanto a su conducta, gracias a Dios ya no es asunto mío... Además, tiene razón, pues lo único bueno del mundo es el amor. Pero la pequeña... Es tan inteligente... que sufrirá mucho... Ya comprende, presiente...» ¡Bah! ¿Qué podía hacer él? Odiaba las discusiones, los sermones, las peleas...

A su edad, se merecía que lo dejaran tranquilo. Y estaba el dinero, el dichoso dinero... Aunque el dinero no era de Bella, ésta siempre sabía darle a entender hábilmente que gracias a ella y su marido podían vivir... Y del mismo modo no dejaba de recordarle la fortuna dilapidada... Su querida hija... Sin embargo, Bella lo quería; estaba orgullosa de él, de su eterna juventud, de su elegante ropa, de su perfecto acento francés... La convivencia era bastante fácil, no se molestaban ni se vigilaban. Más adelante todo se arreglaría... Bella envejecería. Sería como las otras, y entonces se entretendría con chismes, con cartas, y quizá se le despertara una tardía ternura por su hija...

Todo era posible... Nada tenía demasiada importancia. Pidió otro helado de pistacho y lo saboreó lentamente contemplando las estrellas.

En casa, la abuela iba de una ventana a otra, suspirando:

«Oh, Elena... Mi nieta todavía no ha vuelto... Esta mañana ha llovido... pero mademoiselle Rose la educa a la francesa... ¡A la francesa, Dios mío! —pensaba con inquina—. Mira que exponer a la niña a esas corrientes de aire, con esas ventanas abiertas...»

¡Oh, cómo detestaba a esa institutriz! Un odio tímido pero profundo le henchía el corazón, aunque se mentía a sí misma cuando se limitaba a decir: «Esas institutrices, esas extranjeras, no pueden querer a la niña como nosotras...»

La niña caminaba en silencio. Tenía sed. Pensaba con avidez en el sabor de la leche fría que la esperaba, vertida en un viejo cuenco azul en el rincón del lavabo, en su habitación. Bebería con la cabeza echada hacia atrás; sentiría deslizarse por sus labios, por su garganta, la leche helada y dulce... Como si aquella luz fría aumentara la deliciosa sensación de la sed saciada, hasta imaginaba la resplandeciente luna tras los cristales. Y de pronto, bruscamente, en el umbral mismo de la puerta, se acordó de la camisa que había descubierto en la habitación de su madre, la camisa desgarrada como el delantal de aquella colegiala... Soltó un débil gemido de sorpresa, al tiempo que experimentaba la satisfacción intelectual del descubrimiento. Cogió la mano de mademoiselle Rose y, sonriendo mientras clavaba en ella sus maliciosos y brillantes ojos negros, dijo:

—Ya lo sé. Ella tiene amantes, ¿verdad?

—Calla, calla, Elena... —murmuró la institutriz.

«Me ha entendido a la primera», pensó la niña.

Soltó un leve y alegre chillido de pájaro y saltó sobre el viejo mojón canturreando:

—¡Un amante...! ¡Un amante...! ¡Tiene un amante...! ¡Oh, qué sed! —añadió de pronto con languidez, al ver encenderse la lámpara de su habitación—. ¡Oh, mademoiselle Rose, querida mademoiselle Rose! ¿Por qué no me dejan comer helados?

Pero la institutriz, absorta en sus pensamientos, no respondió.” (Cap. 7, pp. 57-59)



## El casino (Cap. 8)

En el casino el **judío Karol** se vuelve loco. Su pasión por el juego le hace olvidarse de todo, incluso de su querida hija **Elena**. Esta escena ya aparecía en la primera novela de **Némirovsky, David Golder**, cuyo protagonista es también un judío materialista que, enfermo y sintiéndose morir, decide volver a su pueblo natal en **Ucrania**.

“Entraron en el casino.

—Espérame aquí —le dijo en el vestíbulo. Y desapareció.

Elena se sentó y procuró mantenerse erguida y no manchar los guantes ni el abrigo. El espejo, ante el que una mujer de mirada extraviada y aspecto cansado se pintarrajeaba la boca con grandes trazos de carmín, le devolvía la imagen de una niña delgada y menuda, con la cara enmarcada por rizos; sobre el cuello llevaba su primera piel auténtica, un pequeño armiño liso que su padre le había traído de Siberia. Esperó largo rato. El tiempo pasaba, la gente entraba y salía. Vio caras extrañas, mujeres ancianas con capachos, manos aún vacilantes tras haber estado removiendo las monedas de oro. No era el primer casino al que iba; uno de sus más lejanos recuerdos era haber cruzado la sala de juego de Ostende, donde a veces las monedas rodaban entre los pies de los indiferentes jugadores. Pero ahora sus ojos sabían contemplar algo más que el mundo visible. Miraba a aquellas mujeres repintadas, embadurnadas, y pensaba: «¿Tendrán hijos? ¿Fueron jóvenes alguna vez? ¿Son felices?»

Porque llega una edad en que la piedad que hasta entonces se reservaba únicamente para los niños toma otra forma, una edad en que se contemplan los marchitos rostros de los «viejos» con el presentimiento de que un día nos pareceremos a ellos... Y ése es el principio del fin de la primera infancia.

Fuera oscurecía. Era una hermosa noche de terciopelo, noche italiana, con luminosos surtidores de agua, aromas, abiertas magnolias, suave y acariciante brisa... Con la cara pegada a la ventana, Elena contempló aquella noche que parecía demasiado ardiente y voluptuosa, «no apta para niños», se dijo sonriendo. Se sentía pequeña, perdida y culpable. («¿Por qué? No me reñirán. No es culpa mía. Estaba con papá, aunque no se ha quedado conmigo mucho rato...») Eran las ocho. Delante del Café de París se detenían coches de los que bajaban hombres en terno y mujeres en traje de noche. Oyó mandolinas, rumor de besos y risas ahogadas bajo un balcón. En la rada brillaban débiles luces y, por las calles oscuras, todas las fulanas del litoral convergían hacia el casino. Ahora ya eran las nueve... «Tengo hambre. ¿Qué hago? Pero no me queda más remedio que seguir esperando, porque no me dejarán entrar en la sala.» Cuántas, por otra parte, esperaban como ella, resignada-mente... El vestíbulo estaba lleno de mujeres ansias y cansadas que aguardaban sin quejarse... Elena se sentía extrañamente vieja y resignada, hecha a la idea de pasar la noche en el banco si hacía falta... Si al menos no se le cerraran los pesados párpados... El tiempo transcurría tan despacio... Sin embargo, la aguja del frontón del Casino avanzaba con extraña rapidez. Acababan de dar las nueve y media, una hora normal, la misma en que ella se iba a la cama. Pero ahora la aguja había avanzado, y marcaba las diez menos cuarto, las diez... Para no dormirse, empezó a pasear de un lado a otro. Una mujer iba y venía en la penumbra, agitando su boa de plumas rosa. Elena la observó. Tenía la sensación de que su inteligencia, misteriosamente agudizada por el hambre, la hacía penetrar en la vida de aquella desconocida al punto de sentir su cansancio y su inquietud en su propia alma. Qué hambre tenía... Aspiró el aroma a caldo que ascendía por un respiradero de las cocinas del Café de París.

«Me siento como una maleta olvidada en consigna», se burló de sí misma.

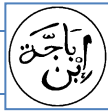
Desde luego, todo aquello era gracioso, mucho... Miró alrededor. No había ningún niño. Todos estaban acostados. Una mano atenta había cerrado las ventanas y corrido las cortinas. De ese modo, los niños no oían los cuchicheos del viejo que importunaba a las floristas ni veían a las parejas que se besaban en todos los bancos.

«Mademoiselle Rose no se habría olvidado de mí... Y yo, que aún me hacía ilusiones —pensó con amargura—. Ella es la única que me quiere en el mundo.»

Las once. Aquella ciudad blanca bajo la luna tenía una extraña y espectral apariencia onírica... Sin dejar de pasearse, con los somnolientos ojos medio cerrados, para aguantar despierta Elena contaba las luces de la rada, las lámparas de las casas... ¿Acaso iba a echarse a llorar como un niño olvidado en una plaza? En esos momentos, las últimas brujas salían del casino apretando sus capachos contra el pecho, con el maquillaje a churretones... ¿Y tras ellas? ¿Aquel pelo cano, aquellas facciones iluminadas por un destello de alegría y pasión que a ella tanto le gustaba? Sí, era su padre.

La cogió de la mano y se la apretó.

—Vamos, pobre hija mía... Me había olvidado de ti... Volvamos enseguida...



Ella no se atrevió a decirle que tenía hambre. No quería ver cómo se encogía de hombros y suspiraba, igual que habría hecho su madre: «Niños... ¡Qué lata!»  
—¿Has ganado al menos, papá?  
Los labios de Boris Karol se estremecieron con una sonrisita alegre y dolorosa a un tiempo.  
—¿Ganado? Sí, algo. Pero ¿acaso se juega para ganar?  
—¡Ah! Y entonces, ¿para qué?  
—Por el juego en sí, hija mía —respondió, y la amarga y ardiente sangre que corría por sus venas pareció derramar su calor en la mano de la niña. La miró con tierno desdén—. No puedes comprenderlo. Eres muy pequeña. Y jamás lo comprenderás. No eres más que una mujer.” (Cap. 8, pp. 64-66)

## SEGUNDA PARTE

Al final de la **segunda parte**, los **Karol** toman la decisión de abandonar la “**madre Rusia**”, que no ha sido sino una **madrastra** para ellos. La salida se hace a través de **Finlandia**, hasta llegar a **Francia**, paraíso soñado desde la más tierna edad por **Elena**.

### Max Safronov, el amante de mamá (Cap. I)

La vida a la que condenan sus padres a **Elena** hace que busque refugio únicamente en **Mlle. Rose**, quien en este fragmento se muestra muy temerosa de la posible reacción de **Bella** contra ella y contra la niña. **Elena** tiene ya **doce años** y se muestra tan perspicaz como siempre para captar la verdadera dimensión de las cosas, a pesar de su corta edad.

“Ciertamente, ese día, aquel triste día, Elena había tenido la certeza de la relación entre ambos; había temblado por sí misma y odiado de inmediato a aquel joven desdeñoso que había dicho: «No se parece a usted, Bella.»

«¿Y papá? No pienso más que en mí. Qué egoísta soy... Si se ha dado cuenta, cuánto debe de sufrir —pensó. Pero, al instante, un amargo y rencoroso sentimiento se apoderó de ella—. ¡Bah, no le importo a nadie! Al menos, tengo que quererme yo.»

Elena se acercó a mademoiselle Rose. —Dígame...

—¿Sí?

—Ese chico... mi primo... y ella... Lo he intuido bien, ¿verdad?

La institutriz esbozó un brusco ademán, y su pequeña y pálida boca se contrajo en un gesto de negación.

—No, no, Elena... —murmuró débilmente.

—Lo sé, lo sé, le digo que lo sé... —le repitió al oído, en un susurro febril.

Detrás de ellas se abrió una puerta. Mademoiselle Rose dio un respingo y apretó la mano de la niña, asustada.

—Calla, calla de una vez... —musitó—. Si llegaran a saber que sospechas algo, te mandarían interna, mi pobre niña, y yo...

—Qué ocurrencia... —murmuró Elena, pero bajó la vista, alelada.

«En un internado seré menos desdichada —pensó después—. En ningún sitio podría ser tan desgraciada como en esta casa. Pero ¿qué sería de ella, qué sería de mi pobre mademoiselle sin mí? Ahora ya no soy yo quien la necesita a ella —se dijo de pronto con fría y desesperada lucidez—. Ya no necesito que me arrojen en la cama, ni que me cuiden o abracen... He crecido, envejecido... Qué vieja se puede ser a los doce años... —Súbitamente, se sintió ávida de soledad total, de silencio, de una amarga melancolía con la que alimentar su alma hasta saturarla de odio y tristeza—. Si no fuera por mademoiselle Rose, nadie podría hacerme daño. Sólo pueden herirme a través de ella... Pero ella únicamente me tiene a mí. Sin mí, creo que moriría...»

Apretó los puños dolorosamente. Se sentía débil y pequeña, con un corazón vulnerable, y la sensación de impotencia la colmaba de rabia y desesperación.





Entró en la contigua sala de estudios, donde su madre había colocado colgadores para su ropa. Del armario de las pieles salía un tenue olor a naftalina. ¡En todas partes se la encontraba!

Furiosa, cerró la puerta, volvió a su habitación, se acercó a la ventana y miró con una especie de estupefacto terror el cielo negro, del que la lluvia caía a cántaros. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—¿Sabe? —dijo al fin con voz temblorosa—, mamá siempre ha dicho que está muy contenta de tenerla con nosotros...

—Lo sé —murmuró mademoiselle Rose—. Pero...

Pequeña y frágil en su vestido negro, la institutriz estaba de pie en el centro de la estancia. Aunque contemplaba su rostro con dolorosa ternura, poco a poco su mirada pareció extraviarse, como buscando muy lejos, más allá de Elena, imágenes que sólo ella podía vislumbrar." (Cap. 1, pp. 74-75)

## Críticas al capitalismo (Cap. 2)

El judío **Karol** está presentado en la novela con los tópicos del **judío** voraz, moreno, tosco, poco distinguido; un genio de las finanzas sin corazón, materialista y grosero, pero obsesionado con el dinero. Esta forma de describir a sus personajes es lo que ha hecho a algunos críticos hablar del "**anti-semitismo**" (?) de Irène **Némirovsky**, de ideas **asimilacionistas**. Es de observar también al final del fragmento que se alude al "**ruido de sables**" que recorría por entonces "**la madre Rusia**". La **Revolución bolchevique** era imparable y **Rusia** se convertiría, para muchos de su hijos, no en **madre**, sino en **madrastra**.

"Karol rió como un niño, contrayendo los rasgos en una mueca ambiciosa. Luego extendió la mano por encima de la mesa y le dio un suave tirón de pelo a su hija, que cogiendo al vuelo la delgada y morena mano la besó. Le gustaba el brillo de los ojos paternos, su pelo cano y su sonrisa, que tan triste y burlona podía ser a veces.

«Pero cuando mira a esta mujer se derrite —pensó con rencor—. ¿Es posible que no vea cómo flirtean? Es feliz, feliz en esta casa absurda, entre estos muebles nuevos y esta vajilla marcada con iniciales que no son las suyas, traicionado, engañado... Ni siquiera puede decirse que no se dé cuenta de nada... No, lo aparta con la mano, pasa de largo... En el fondo, en el mundo sólo hay una pasión que le corroe lentamente el alma: el juego, en la Bolsa o con las cartas. Eso es todo.»

Se comieron la carlota de manzanas, bañada en una salsa de chocolate muy caliente. Como le encantaba el chocolate, Elena dejó por el momento de «interesarse por la conversación de los mayores», como le reprochaba su madre, que a veces le decía: «A Max también le parece que te interesas demasiado por las conversaciones de negocios. ¿Es que acaso tienen algo que ver contigo? Céntrate en tus clases...»

Pero ella, por pura perversidad, ponía todo su empeño en escuchar y entender lo que oía.

Sin embargo, ahora estaba cansada. Ya sólo le llegaba un rumor confuso:

—Los barcos...

—El petróleo...

—Los oleoductos...

—Las botas...

—Los sacos de dormir...

—El paquete de acciones...

—... Millones... millones... millones...

Esta última palabra reaparecía a intervalos regulares, salpicando las frases como el estribillo de una canción.

«Una vieja canción», pensó Elena con hastío.

La cena había acabado. Se levantó de la mesa, hizo una leve y tímida reverencia que nadie advirtió, y se fue a dormir. El olor a tabaco y aguardiente fino, que flotó en la casa hasta el día siguiente, se filtró por debajo de su puerta y la persiguió en sueños. Un fragor lejano estremeció el empedrado cuando los destacamentos de artillería pasaron por la calle." (Cap. 2, pp. 86-87)



## La muerte de Mademoiselle Rose (Cap. 6)

La muerte de la **institutriz** deja aún más desamparada a **Elena**. Este hecho es muy importante y hace avanzar la acción hacia su desenlace. Sus consecuencias en cuanto a la **relación madre-hija** serán fatales y llevarán a **Elena** a tomar su terrible determinación.

### Capítulo 6

“Mademoiselle Rose murió esa misma noche en el hospital adonde la habían llevado unos milicianos cuando se derrumbó sin conocimiento en la esquina de una calle. Una carta hallada en el bolsillo de su abrigo, la última misiva de Francia que había recibido, sirvió para identificarla, pues en el sobre figuraba su nombre.

Avisaron a los Karol, que le explicaron a su hija que la institutriz no había sufrido. Su cansado corazón había dejado de latir. Había tenido un ataque de delirio, provocado seguramente por la nostalgia de su país... Debía de estar enferma desde hacía mucho tiempo.

—Pobrecilla... —le dijo Bella—. Te quería tanto... Le habríamos pasado una pequeña renta para que viviese tranquila... No obstante, se habría sentido muy sola, porque vamos a marcharnos y no podíamos llevarla con nosotros. Puede que haya sido lo mejor.

Pero en esa época había tantas muertes que nadie, ni entonces ni después, tuvo tiempo que perder consolando a Elena.

—Pobre niña... —repetían—. Qué miedo debió de pasar... Esperemos que no caiga enferma... Sólo faltaría eso...

El día fue pasando, y Elena se vio sola en la habitación vacía, donde seguían todos los objetos personales de la difunta, la vieja fotografía en que aparecía entre sus hermanas, con veinte años, sus finos cabellos como humo enmarcándole el rostro, la cinta de terciopelo al cuello, la delgada cintura ceñida por un cinturón con hebilla... La miró largo rato. Sin llorar. Le parecía que las lágrimas se le acumulaban en el corazón, duro y pesado como una piedra.

La partida estaba fijada para dos días después. Se iban a Finlandia. Karol las acompañaría y luego volvería, a fin de recoger los lingotes de oro que un amigo le guardaba en Moscú. Max viajaría con Bella y Elena. Su madre y sus hermanas habían huido y estaban en el Cáucaso, pero él no había querido reunirse con ellas. Karol hacía la vista gorda. Elena oía a sus padres contando y cosiéndose a la ropa las joyas de Bella en la habitación de al lado. Le llegaban sus cuchicheos ahogados y el tintineo del dinero, y pensaba: «Si lo hubiera sabido, si hubiera comprendido que la pobre estaba enloqueciendo... Si se lo hubiera dicho a los mayores... la habrían cuidado, se habría curado, aún viviría...»

Pero al instante negaba con la cabeza con una risita seca y amarga. ¿Quién habría tenido tiempo para ocuparse de eso, Dios mío? ¿Qué importaba la salud, la vida de un ser humano, en momentos como aquéllos? ¿Qué más daba que Fulano muriera o Mengano viviera? Por las calles de la ciudad se veía a la gente llevar al cementerio los cadáveres de niños en sacos cosidos, pues eran demasiados y no había dinero para comprar ataúdes. En su recuerdo, Elena se veía unos días antes, entre lección y lección: una niña con delantal, grandes bucles alrededor del cuello y los dedos manchados de tinta, pegada a la ventana, presenciando la ejecución de un hombre con curiosidad, sin pestañear ni llorar y sin más signo visible de emoción que la lividez de los labios.” (Cap. 6, pp. 110-11)

## TERCERA PARTE

En la **tercera parte**, los emigrantes se tienen que adaptar a su nueva situación: ahora son **ruso-franceses**.

### Judíos y rusos tras la Revolución de Octubre (1917) (Cap. 2)

Fuera de su país natal, las **comunidades rusa y judía** están condenadas a entenderse; por supuesto, solo se relacionan las comunidades de ambas razas que se homologan por una característica común: el **dinero**.



“En Finlandia vivían en armonía, unidos como viajeros una noche de tormenta, fraternizando sin distinción de fortuna o clase, los rusos, los judíos «de buena familia» (que hablaban inglés entre sí y cumplían con orgullosa humildad los preceptos de su religión) y los nuevos ricos, escépticos, librepensadores y podridos de dinero.

Por la noche se instalaban en el destartalado saloncito. Los jugadores se sentaban alrededor de una mesa de bridge, siempre los mismos: el grueso Salomón Levy, barrigudo y con el cuello encarnado, y el barón y la baronesa Lennart, rusos de origen sueco, ambos altos, delgados, pálidos y envueltos en el humo de sus cigarrillos. El barón tenía una voz suave y opaca y la risa fácil y afectada de una jovencita, mientras que su mujer hablaba con el rudo acento de un granadero, contaba escabrosas historias y se bebía un frasco de coñac durante la velada, mientras no dejaba de persignarse, de forma mecánica y sin interrumpirse, si se pronunciaba el nombre del Señor.

También acudía el viejo señor Haas, enfermo del corazón, con una manta sobre los hombros y las hinchadas y oscuras ojeras que delatan el lento trabajo de la muerte corroyendo los tejidos. El jugaba y su mujer, sentada a su lado, no dejaba de mirarlo con la expresión de ansiedad, esperanza y mal humor propia de quienes están al cuidado de un enfermo incurable y amado. Sólo de vez en cuando se volvía, erguía vigorosamente la cabeza entrecana sobre el alto «collar de perro» de perlas finas y disparaba el rayo de sus anteojos sobre quienes atravesaban su campo visual. Las criadas encendían los quinqués. Las mujeres jóvenes, sentadas en los incómodos divancitos de bambú, ligeros y crujientes, clavaban la aguja en tapetes bordados. La señora Reuss formaba parte del grupo. Refiriéndose a ella, las mujeres admitían:

—Es guapa. —Y tras un breve silencio, añadían—: Tiene un marido encantador... —Luego, meneando suavemente la cabeza, con un suspiro indulgente que apenas les rozaba la comisura de los labios y ese aire hipócrita, escandalizado, orgulloso y enigmático de la mujer que, si quisiera, podría hablar más, sentenciaban—: Ese Fred... menudo bribón...

Fred Reuss tenía treinta años y un aspecto extraordinariamente juvenil, ojos negros, alegres y relucientes, de mirada viva y maliciosa, y dientes blancos. Como los niños, jamás se estaba quieto; siempre a punto para brincar o patinar, incapaz de rodear una silla si era posible saltarla, corría y jugaba en la nieve con sus hijos, mientras su mujer, tranquila, un poco pesada y de hermosas facciones, lo contemplaba sonriendo con ternura maternal. Fred Reuss sólo se ponía serio cuando miraba a su hijo mayor, su preferido. Se zafaba de todas las preocupaciones, todas las responsabilidades, todos los sufrimientos, con una broma, una carcajada, una pirueta. Su risa manaba y estallaba, contagiosa como la de los niños, aguda y burlona. Con las mujeres, y sobre todo con la suya, jugaba al niño mimado; caía en gracia incluso a la anciana señora Haas. La alegría brotaba a su paso. Era uno de esos hombres cuya juventud parece inextinguible y que no saben madurar, pero, de pronto, envejecen y se vuelven malhumorados, malévolos, tiránicos. Sin embargo, Fred aún era joven...

La noche avanzaba. Las niñeras subían a acostar a los pequeños, colgados de sus brazos y sus delantales. Poco a poco, las ventanas heladas se cubrían de un vapor húmedo. La lámpara humeaba y chisporroteaba.

Los judíos hablaban de negocios y, para distraerse o para no perder la costumbre, se vendían unos a otros terrenos, minas y casas que, por lo demás, los bolcheviques habían confiscado hacía meses. Pero considerar esa forma de gobierno como duradera habría sido señal de rebelión. Le concedían dos o tres meses de existencia... Los pesimistas incluso el invierno. También especulaban con el cambio del rublo, el marco finlandés o la corona sueca. La cotización era tan caprichosa que, de una semana a otra, se hacían y deshacían fortunas en aquel mísero saloncito con muebles de felpa y bambú, mientras fuera nevaba.

Los rusos escuchaban, al principio altivos y recelosos, pero luego curiosos e interesados. Poco a poco, iban acercando sus sillas. Al final de la velada se los veía cogiendo afectuosamente del brazo a los que ahora llamaban «israelitas».

—Realmente, los calumnian. Los hay encantadores... —comentaban incluso entre ellos.

—No son tan tontos como se dice —aseguraban los judíos—. El príncipe habría sido un magnífico corredor de Bolsa si hubiera necesitado ganarse la vida.

Así confraternizaban aquellas dos razas irreconciliables; obligadas a convivir por las turbulencias de la época y unidas por el roce, el interés y la adversidad, formaban los elementos de una pequeña sociedad unida y feliz.” (Cap. 2, pp.125-126)



## El primer beso (Cap. 3)

Elena aprende a tratar a los hombres con su **primer beso**. Se da cuenta de que llama su atención, les resulta atractiva, es capaz de manipularlos.

“— ¡Muy bien! —exclamó Fred de repente—. ¡Si le gusta rodar por la nieve, súbase encima de mí!

Y, cogiéndola por la cintura, la ayudó a encaramarse sobre su espalda y luego la lanzó a un metro de él, al espeso manto nevado. Elena chillaba de miedo y placer; se hundía en la nieve como en un nido de plumas. El agua se le metía en el cuello por el escote entreabierto del jersey, penetraba en los guantes, le llenaba la boca de un sabor helado y perfumado de sorbete. El corazón le palpitaba de felicidad. Miraba con angustia el precoz crepúsculo, que iba invadiendo el cielo.

—No volvemos todavía, ¿verdad? ¿No podemos quedarnos otro poquito? —suplicaba—. Aún no ha anochecido...

—No; hay que volver —respondió al fin Fred con pesar. Ella se levantó y se sacudió la nieve, y ambos empezaron a subir la cuesta. En el campo nevado sólo quedaba una franja de luz, mientras las sombras avanzaban por él con extraña rapidez. Eran de un suave tono lila; en el luminoso cielo, la pálida luna invernal se elevaba lentamente sobre un pequeño lago helado. Avanzaban sin hablar. Sus pisadas resonaban en la tierra helada. Muy lejos, a largos intervalos, se oían los sordos cañonazos, que escuchaban distraídamente. Desde hacía meses, su débil fragor era tan constante que habían dejado de oírlo... ¿De dónde procedía? ¿Quién disparaba? ¿Contra quién? Ante cierto grado de tragedia y horror, la mente humana, saturada, responde con indiferencia y egoísmo. Caminaban el uno al lado del otro, cansados y contentos. Elena sentía la mirada de Reuss. De pronto, él se detuvo y le cogió la cara entre las manos. Acercó su mejilla a la de ella y, por un instante, pareció contemplar asombrado la textura de la piel, la insinuación de la sangre, que caliente e impetuosa se agolpaba bajo la piel; luego olió su cara como si fuera una rosa. El beso pareció flotar, antes de posarse sobre los labios entreabiertos, leve, rápido y ardiente como una llama. El primer beso, los primeros labios de hombre que la acariciaban de aquel modo... Lo primero que sintió fue miedo y cólera.

—Pero ¿qué hace? ¿Está loco? —exclamó Elena, y cogiendo un puñado de nieve se la lanzó a la cara. El joven saltó hacia un lado y la esquivó. Ella lo oyó reír—. Le prohíbo que me toque, ¿me oye? —gritó con rabia, y echó a correr por el camino helado y ya oscuro en dirección a la casa.

Notaba en la boca el sabor de los jóvenes y ávidos labios, pero se negaba a pensar en él, a saborear aquella alegría nueva que la quemaba.

«Besarme como a una criada», refunfuñó para sus adentros y, sin detenerse, subió a la carrera a la habitación de su madre y abrió la puerta.

Bella y Max estaban sentados en el diván, silenciosos. Elena ya había sorprendido a otros, pero... esta vez la desconcertó algo extraño, algo nuevo: la ternura, la intimidad entre aquellos dos seres, la atmósfera de amor que los envolvía; no de vicio o pasión, sino del amor más humano y cotidiano...

Bella volvió la cabeza lentamente.

—¿Qué quieres?

—Nada —murmuró su hija con el corazón encogido—. Nada... Pensaba... Yo...

—Entonces, ve fuera. Aún no es de noche. He visto a Fred Reuss buscándote. Ve con él y sus hijos...

—¿Quieres que me reúna con él? —preguntó la joven, torciendo la boca en una sonrisita maliciosa y melancólica. Si lo deseas, iré...

—¡Pues claro, ve! —respondió su madre.” (Cap. 3, pp. 134-135)

## Deseo de venganza (Cap. 5)

Elena avanza implacablemente hacia la consecución de su **plan vindicativo**. En la expresión final del fragmento, se observa la pésima valoración que le merece la institución del **matrimonio**, dado el ejemplo paternal que ha tenido en casa.



“... al mismo tiempo pensaba: «El estruendo de los cañones... El peligro, ¡lo que sea! Pero ¡vivir, vivir! O, si no, ser como las demás... ¡Tener una madre como las demás! Aunque no, es demasiado tarde...Tengo dieciséis años, pero mi corazón está emponzoñado...»

La luna otoñal derramaba su fría claridad en el pequeño salón, adornado con lustrosas plantas. Elena, de pie junto a la ventana, miraba el golfo, que espejeaba en la oscuridad, y se decía: «Quiero vengarme... ¿Es que voy a morirme sin haberme vengado de ellos? —Porque, desde la noche en que esa idea le había pasado por la mente por primera vez, se alimentaba de ella, la acariciaba sin cesar—: ¡Quitarle a Max! ¡Hacerles pagar a ambos lo que me hicieron sufrir! ¡Yo no pedí nacer! No, preferiría no haber nacido... Pero no pensaron en mí, eso está claro... Me echaron al mundo y me dejaron crecer... ¡Bueno, pues no es suficiente! ¡Es un crimen traer hijos al mundo y no darles una pizca, unas migajas de amor!

»¡Vengarme! ¡Ay, a eso no puedo renunciar! ¡No me lo exijas, Dios mío! Creo que preferiría morir antes que renunciar... Quitarle el amante... ¡Yo, la pequeña Elena!»

Sólo veía a su madre y a Max los domingos, cuando venían de visita, apenas se quedaban un instante y enseguida se marchaban. A veces, Max dejaba unos marcos sobre la mesa.

—Para que te compres caramelos...

Cuando se iban, Elena daba el dinero a los criados y tardaba un buen rato en dominar los temblores de odio que la sacudían de pies a cabeza.

No obstante, había advertido un cambio entre su madre y Max. Aún era sutil e indefinible, pero sus palabras eran diferentes, y sus silencios también. Siempre se habían peleado, pero ahora el tono de sus disputas era más acre y estaba cargado de impaciencia y cólera.

«¡Son como un matrimonio!», se decía.” (Cap. 5, p. 149)

## CUARTA PARTE

En la cuarta parte, **Elena** consume su **venganza**, convertida en **rival sexual** de su propia madre. Esta parte es la que tiene más **capítulos** de la novela.

### Sangre impura (Cap. 5)

La **sangre** impura, acre y oscura, de la que quiere librarse **Elena Karol** es la de su **madre**, de la que finalmente consigue vengarse. Paradójicamente, su **sangre impura** no es la componente judía del **padre**, sino la procedente de su odiada **madre-madrastra**:

«Ni nada ni nadie —pensó con tristeza—. Qué contenta debería estar esta noche... pues he conseguido lo que tanto deseaba... Si quisiera... —Negó con la cabeza y rió—. ¡Oh, Elena! —se reprochó mentalmente, como hacía desde niña—. Sabes que eres la más fuerte y que son presas muy fáciles... ¿Era tan difícil enamorar a Max? Tengo dieciocho años y ella cuarenta y cinco... Cualquier chica lo habría conseguido... ¡Y tú, qué orgullosa te sientes! Lo que haría falta es que te vencieras a ti misma. ¿Con qué derecho podrás mirarlos con desprecio si no eres más fuerte y mejor que ellos? Me he pasado la vida luchando contra una sangre odiosa, pero la llevo dentro. Corre por mi cuerpo —pensó, alzando uno de sus delgados y morenos brazos, en los que las venas se transparentaban—, y si no aprendo a vencerme a mí misma, esta sangre podrá más que yo...»

Se acordó del espejo en la penumbra de la habitación, en casa de Max, donde se había visto la cara mientras se dejaba besar. Un rostro sobrecogedor, voluptuoso, triunfal, que por un instante le había recordado los rasgos de su madre de joven.

—No me dejaré ganar por ese demonio —dijo en voz alta, y se echó a reír.” (Cap. 5, pp. 185-186)



## El adiós de Max Safronov (Cap. 7)

Elena hace que **Max** se enamore rendidamente de ella y que engañe a su propia amante, que no es otra que **Bella**. Así cumple su **venganza de niña-mujer**. **Elena** rechaza casarse con **Max** y este decide romper con su amante e irse a **Londres** a ver a su hermana. **Bella** se queda sola y desolada.

“El coche seguía avanzando, hundiéndose por momentos en la blanda tierra de los estrechos senderos para los jinetes. Al cabo de un rato, cruzaron el Sena y se encontraron en el campo. Por las ventanillas bajadas, penetraba un olor fresco y amargo. Como en una confusa pesadilla, Elena miraba al hombre que, sentado junto a ella, lloraba y hablaba sin preocuparse de enjugarse las lágrimas. Sentía lástima y un poco de aversión.

—Elena, tienes que comprenderme... No puedo seguir con esta vida. Nunca hemos hablado de «ella» —estaba diciendo Max, evitando pronunciar el nombre de su amante—. Lo que hago es odioso... Pero es mejor discutirlo abiertamente y acabar con esto de una vez por todas... Tú... tú sabes lo de nuestra relación desde hace mucho, ¿verdad?

—¡Oh, Dios mío! —respondió Elena, negando con la cabeza, incrédula—. Cuando era pequeña, ¿no os dabais cuenta de que tendría que haber sido ciega e idiota para no enterarme de nada?

—¿Es que crees que uno piensa en los hijos? —replicó Max, y por un instante ella volvió a ver en su rostro la mueca de antaño, despectiva y hastiada, y sintió que el antiguo odio afloraba en su corazón.

—De sobra sé que nunca se piensa en los hijos.

—Pero ¿acaso se trata de eso? Ahora se trata de ti, de la mujer a la que quiero y de otra mujer a la que quise sinceramente... No puedo seguir engañándola así... Estos últimos meses he vivido en una especie de continua pesadilla... de la que creo que estoy despertando. Comprendo hasta qué punto he sido miserable, odioso... O, mejor dicho, ya me daba cuenta, pero no podía evitarlo, te quería demasiado, estaba loco... —admitió Max con voz sorda—. Pero ya no puedo más, me horrorizo a mí mismo...

—Has engañado a mi padre durante años sin remordimientos —replicó ella con rencor.

—¿Tu padre? ¿Acaso sabes lo que piensa? ¿Ha podido alguien saber lo que pensaba alguna vez? Si crees conocerlo, desengaña te. Por mi parte, no puedo decir ni qué sabe ni qué ignora... Si tú quisieras...

—¿Qué? —respondió Elena, y apartó la mano que Max le sujetaba contra su mejilla, que le ardía.

—Cásate conmigo... Serás feliz... —Ella negó lentamente con la cabeza—. ¿Por qué? —preguntó él con desesperación.

—No te quiero. Eres el enemigo de mi infancia. No puedo explicártelo. Acabas de decir que no se trata de mí cuando era niña. Pero sí, se trata justo de eso. Nunca seré distinta. Los sentimientos que tenía a los catorce años... e incluso antes... mucho antes... son y serán siempre los míos. Nunca podré olvidar. Jamás sería feliz contigo. Me gustaría vivir junto a un hombre que no hubiera conocido a mi madre, ni mi casa, que ni siquiera conociera mi lengua ni mi país, que me llevara lejos, me da igual dónde, al infierno, lejos de aquí. Contigo sería desdichada aunque te amara. Pero no te quiero.

Max apretó los puños con rabia.

—Sin embargo, me dejabas besarte...

—Pero ¿qué tiene eso que ver con el amor? —replicó ella con tono hastiado.

—Entonces, me voy. Mi hermana está en Londres. Me escribiste pidiéndome que fuera con ella. Me voy —repitió él con un gemido.

—Pues vete, querido Max.

—Elena, si me voy, no volverás a verme en tu vida. Puede que un día necesites un amigo. No tienes a nadie en el mundo, aparte de tu padre. Piénsalo. Es mayor, está enfermo...

—¿Papá? Pero ¿qué estás diciendo? —replicó la joven, estremeciéndose.

—Pero ¡bueno! —exclamó Max, incrédulo—. ¿Es que no te das cuenta? Está acabado. Ha malgastado su vida. ¿Qué harás entonces? Tu madre y tú siempre seréis enemigas.

—Siempre —convino ella de inmediato—. Pero no necesito a nadie.

—Creo que no he tenido un sentimiento limpio desde hace diez años —insistió Max con desesperación—. Me avergüenzo de mí... Mi amor por ti es áspero y turbio, y está lleno de rencor y hiel. Y sin embargo, te amo.

Ella levantó el brazo e intentó ver la hora en el reloj de pulsera a la pálida luz de un farol de gas.

—Son casi las ocho. Volvamos.

—¡No, no, Elena! —Max se agarró a su ropa, le besó apasionadamente el cuello, el suave y delicado brazo—. ¡Elena, Elena, te quiero, nunca he querido a nadie más que a ti! Apídate de mí, no me alejes, por



Dios... ¡No es posible que me odies hasta ese punto! ¡Nunca te hice daño! Me iré para siempre... ¿Acaso no te importa?

—No, me alegra —respondió con crueldad—. Al menos, cuando te vayas, la casa volverá a ser digna y pura. Ella es vieja. Ahora no tendrá más remedio que conformarse con su marido y su hija. Puede que un día tenga una madre como todas. Tú has sido la causa de mi desgracia.

Él no respondió. En la penumbra del coche, lo vio volverse y llevarse las temblorosas manos a la cara. Inclinandose hacia el cristal, ordenó al chófer que volviera a París.

Se separaron sin decir nada. Al día siguiente, Max se marchaba a Londres.” (Cap. 7, pp. 197-200)

## El final de la novela (Cap. 11)

Tras cumplir su venganza, **Elena**, que ya tiene **18 años**, decide empezar una nueva vida, lejos del ambiente asfixiante que ha vivido con su familia. El aire de **Francia** es un poderoso símbolo de **libertad**. La obra termina así con un **final abierto**.

«Jamás habría abandonado a mi padre —iba pensando—. Pero ahora está muerto, descansa tranquilo, y yo soy libre, libre, me he librado de mi casa, mi infancia, mi madre, todo lo que odiaba, todo lo que me oprimía el corazón. Lo he arrojado lejos, soy libre. Trabajaré. Soy joven y estoy sana. No temo a la vida», se dijo, contemplando con emoción el borrascoso cielo y aquellos árboles pesados y verdes, aquel follaje empapado de agua y un rayo de sol que se abría paso entre dos nubes.

Pasó un niño mordisqueando una manzana; al mirar la marca de sus dientes se echó a reír.

«¡Sigamos! —se dijo Elena, pero al punto pensó—: ¿Y por qué? Nada me retiene, nada me reclama... Soy libre. Qué descanso...»

Cerró los ojos y escuchó el viento, conmovida. Eran ráfagas del oeste procedentes de la costa, pues aún conservaban el olor y el sabor del mar. Las nubes tan pronto se apartaban y dejaban pasar un sol asombrosamente intenso y cálido como volvían a cerrarse en formación plomiza y densa. Pero, cuando el sol brillaba un instante, todo resplandecía, las hojas, los troncos de los árboles y los húmedos bancos, mientras de las ramas se precipitaban al suelo relucientes y veloces gotas.

Con las mejillas más calientes y las manos apretadas entre las rodillas, escuchaba el viento, tan atenta como si le hablara un amigo. Nacía bajo el Arco de Triunfo, recorría las copas de los árboles, que se inclinaban, y luego rodeaba a Elena, silbando y revoloteando alegremente. Su fuerte y saludable hálito había ahuyentado los tufo de la ciudad. Movía los árboles como si agitara los troncos con una mano pesada y fuerte, terrible como la mano divina. Los castaños se inclinaban y erguían con un susurro enloquecido. El viento le secaba las lágrimas y le escocía en los ojos; parecía atravesarle la cabeza, más tranquila y ligera, y calentarle la sangre. Se quitó el sombrero, lo hizo girar entre las manos, echó atrás la cabeza y, de pronto, con indescriptible asombro, se dio cuenta de que estaba sonriendo, que adelantaba lentamente los labios para retener y saborear a su paso aquella sibilante ráfaga.

«No temo a la vida —pensó—. No son más que años de aprendizaje. Han sido extraordinariamente duros, pero han templado mi valor y mi orgullo. Eso me pertenece, es mi inalienable riqueza. Estoy sola, pero mi soledad es ávida y embriagadora.»

Escuchó el viento y, en sus furiosos rugidos, creyó percibir un ritmo profundo, solemne y alegre, como el del mar. Los sonidos, agudos, roncós y estridentes al principio, se fundían en una especie de poderosa armonía, en la que Elena adivinaba una estructura todavía confusa, como al comienzo de una sinfonía, cuando el oído capta con asombro el rastro de un tema, pero lo pierde enseguida y, decepcionado, vuelve a buscarlo, y a menudo lo encuentra, y esa vez comprende que no se le escapará de nuevo, que forma parte de un orden diferente, más poderoso y bello, y, tranquilo y confiado, escucha la benéfica tempestad sonora que se abate sobre él.

Se levantó y, en ese instante, las nubes se abrieron. El cielo azul apareció entre las columnas del Arco de Triunfo e iluminó su camino.” (Cap. 11, pp. 220-221)